

Métodos, técnicas de investigación y la apertura de las ciencias sociales*

Oscar Iván Salazar Arenas

Empezaré explorando una pregunta que es aparentemente insulsa: ¿para qué sirve un reloj? La respuesta «obvia» entre quienes comparten los patrones culturales occidentales urbanos será que un reloj sirve para «saber la hora», o para «medir el tiempo». Sin embargo, el sentido del reloj no se limita a la afirmación inmediata, y posiblemente superficial, de que sirve para medir el tiempo. De hecho, es mucho más que eso porque el reloj no sólo es un medio o una herramienta, sino también un objeto con significado; para nosotros el reloj es el tiempo mismo. Si ampliamos nuestro supuesto cultural inmediato y entendemos el aparato no sólo como medio –función instrumental– sino también como un mensaje –función significativa–, entonces lograremos acceder a su sentido cultural; incluso nos comenzaremos a preguntar por su historia –desde la Europa medieval, pasando por China y la Revolución industrial–, las diferencias de significado del reloj –juguete, lujo o instrumento–, y su pertinencia para una u otra función –medir el tiempo, ostentar o adornar.

De cierta manera, las técnicas de investigación en ciencias sociales pueden ser vistas como relojes, no solo por la asociación más directa de la eventual «medición» de ciertos fenómenos, sino porque toda herramienta tiene una historia, un sentido cultural, unas formas de uso asociadas, y unas premisas implícitas acerca de lo que es el mundo.

* Este texto constituye una nueva versión del texto presentado como parte de los requisitos del concurso docente del año 2004 para profesor de tiempo completo del Departamento de Sociología de la Universidad Nacional de Colombia.

Así las técnicas, vistas como parte de las herramientas que utiliza un investigador, no son infalibles en todos los contextos y pueden fallar como un reloj antiguo; requieren de ajustes para afinar su precisión; son además productos históricos relacionados con las concepciones de la realidad que imperan en una época; y, tal como gradualmente ha ocurrido con los viejos relojes de péndulo, son reemplazadas por nuevas herramientas más complejas y sofisticadas, que aseguran mayor precisión, adornan el cuerpo, tienen calendario y cronómetro, colores de moda y diseños llamativos.

De la asociación anterior podemos deducir que las técnicas de investigación son mucho más que simples herramientas funcionales. Comprenderlas y aprender a utilizarlas de forma crítica demanda explorar su sentido como parte de un conjunto de prácticas científicas, paradigmas y supuestos sobre lo que es la realidad, así como las preferencias subjetivas de los investigadores. De la misma forma como se ha naturalizado en nosotros el hábito de medir el tiempo con relojes porque lo entendemos como una duración continua que es susceptible de subdivisiones, muchos investigadores y científicos sociales utilizan ciertas técnicas y métodos de investigación con el supuesto implícito y naturalizado de que son las maneras más adecuadas para acceder a la información. Es decir, que tras las técnicas subyacen premisas que muchas veces no se cuestionan, acerca de lo que es la realidad y los medios «correctos» de conocerla; incluso llegamos a creer que las herramientas que usamos no solo son las mejores, sino las únicas que deben usarse.

En las ciencias sociales existen dos tipos de «relojes» para acercarse a los problemas sociológicos y culturales, que tradicionalmente han sido vistos como antitéticos y opuestos: las técnicas cualitativas y las cuantitativas. Para comprender las relaciones y diferencias entre ellas, es indispensable situarse antes en el plano de los métodos, las premisas epistemológicas y los paradigmas que las sustentan como herramientas válidas para recoger datos de la realidad que se estudia¹. Si comparásemos las técnicas cualitativas y cuantitativas sin detenernos en los supuestos científicos y culturales que las soportan, correríamos el riesgo de ver únicamente su sentido instrumental. Por ello,

¹ Entiendo los paradigmas en el sentido de Denzin y Lincoln como “un conjunto básico de creencias que orientan la acción”, donde sus principios son el resultado de una construcción social humana. Los paradigmas enmarcan cuatro conceptos: la ética (axiología), la epistemología, la ontología y la epistemología. Todo paradigma tiene implicaciones en estas cuatro dimensiones (Denzin y Lincoln: 2003, p. 245). La situación actual de las ciencias sociales presenta un panorama abierto a la coexistencia de múltiples paradigmas, sin que ello implique necesariamente su mezcla. Este artículo se concentra precisamente en revisar aquellos puntos de contacto entre las estrategias cualitativas y cuantitativas de investigación, sin apostar necesariamente por la combinación o la mezcla como una solución al debate. Pienso que la decisión de mezclar, combinar, complementar o triangular métodos de investigación debe derivar ante todo de las preguntas de investigación antes que del debate en el plano de las epistemologías.

resulta más pertinente situarse en una perspectiva más general que nos conduzca a entender no solamente la relación de las técnicas con los datos que permiten recoger, sino también con las premisas, paradigmas y teorías que les dan sentido en el contexto de las ciencias sociales. Este plano es el de las metodologías.

Existen grandes riesgos al no ubicarse en el plano de lo metodológico y ocuparse únicamente del carácter instrumental de las técnicas. Uno de ellos es asimilar las técnicas a las «formas correctas» de acceder al mundo social; esta suposición convierte al investigador en alguien rígido, restringe la creatividad y fomenta un “mecanicismo infértil, derivado de un ejercicio en el que el instrumento es el fin en sí mismo y no un medio de conocimiento, y la realidad concreta a ser conocida es un punto de referencia nominal” (Bonilla-Castro y Rodríguez: 1997, p. 42). Otros de los peligros que corre un investigador al concentrarse sólo en las técnicas son: caer en el empirismo inocente desvinculado de las teorías; privilegiar la instrumentalización antes que la conceptualización; y utilizar, sin saberlo, herramientas que son incoherentes o poco adecuadas para estudiar el problema de investigación.

Con el ánimo de contextualizar las diferencias y similitudes entre métodos cualitativos y cuantitativos, vale la pena detenerse de forma breve en el problema de las relaciones contemporáneas entre las diferentes formas de hacer ciencias sociales. Mi argumento es que la llamada «apertura de las ciencias sociales» que demanda el Manifiesto de la transdisciplinariedad (1994), y el contexto histórico actual de las disciplinas, influye inevitablemente en los métodos y las técnicas de investigación. Esto se debe a que los paradigmas teóricos imperantes, así como sus crisis y contradicciones, afectan los fundamentos epistemológicos que soportan la validez de los métodos y las técnicas para conocer la realidad social. Con base en esto, haré una comparación entre los métodos y técnicas de investigación cualitativas y cuantitativas, orientada a indagar por alternativas de uso complementarias antes que rivales. En este sentido, la apertura de las fronteras disciplinarias demanda también superar la tradicional oposición y antinomia que en muchas ocasiones se asume que existe entre la investigación de tipo cualitativo y la de corte cuantitativo.

Fronteras difusas, prácticas compartidas

La situación de las ciencias sociales y las humanidades a partir de la década de los años 80 –ya sea que se la atribuya al postestructuralismo, la posmodernidad o la crisis de los metarelatos–, plantea la necesidad de dejar de pensar las disciplinas únicamente desde adentro de ellas y en términos de los límites que las separan de las demás. La historia de las ciencias sociales es en realidad una historia de confluencias, encuentros y cruces de intereses, antes que de separaciones tajantes entre disciplinas, a pesar de que muchos deseen la separación. La producción cada vez más prolífica de estudios en

campos como la comunicación, los estudios de género o los estudios culturales, hace visibles elementos comunes a las disciplinas que existen desde hace tiempo. Los límites disciplinarios siguen siendo necesarios, aunque ya no como linderos claros entre una ciencia social y otra, sino como preceptos virtuales que orientan enfoques particulares que hoy más que nunca deben llevar a la confluencia.

El desdibujamiento de los límites disciplinarios también implica la pérdida de autoridad de las profesiones para manifestarse sobre uno u otro fenómeno, y utilizar técnicas y metodologías que en un principio surgieron en el seno de otras tradiciones. De esta manera, aunque siguen existiendo tendencias y preferencias marcadas de los científicos sociales para usar los métodos que usualmente ha utilizado su disciplina, hoy no nos parecería extraño encontrar psicólogos aplicando técnicas etnográficas o antropólogos haciendo revisiones de material de archivo. Es probable –y deseable– que, a pesar de la existencia de las fronteras disciplinarias que legitiman determinadas prácticas científicas, la tendencia de apertura se siga acentuando. De acuerdo con el Manifiesto de la transdisciplinariedad (1994), ésta permite complementar el enfoque disciplinario. “Aparte del diálogo entre disciplinas, ella produce nuevos resultados, nuevas interacciones entre ellas. La transdisciplinariedad no busca el dominio en varias disciplinas, sino abrir todas las disciplinas a lo que todas tienen en común y a lo que yace más allá de sus fronteras”.

La apertura de las ciencias sociales también afecta profundamente los aspectos metodológicos, prácticos y técnicos de la investigación de lo social. Por ejemplo, algunas posturas derivadas de la crítica literaria aportaron durante los años 80 diferentes herramientas para pensar la etnografía tradicional como un género literario más. Esta nueva mirada cuestionó la validez de muchas prácticas que pretendían la objetividad de las observaciones de campo de muchos investigadores sólo por el hecho de seguir unos procedimientos «científicos», sistemáticos y ordenados. Aunque muchos cuestionen esta forma de crítica como algo inocuo y extremista, el cambio de mirada, gracias a la intervención de otras posturas y otros paradigmas, permitió identificar problemas y contradicciones implícitas en una forma de acercarse a la realidad social que se encontraba institucionalizada y permanecía dentro de las fronteras de la profesión que le dio origen. En el caso del trabajo de los antropólogos, críticas como las de Clifford Geertz, George Marcus, James Clifford, y Stephen Tyler (Geertz et al.: 1998) hicieron evidente que la escritura y la producción científica siempre está situada social y políticamente, y sugirió la posibilidad de que las ciencias sociales construían «en el texto» las realidades que pretendían describir objetivamente como algo puramente externo a ellas.

Denzin y Lincoln (2003) se refieren al momento actual como un estado posterior a «la triple crisis» de la investigación en ciencias sociales, producto de las críticas posmodernas de las dos décadas pasadas. Según estos autores, la crisis de representación

puso en tela de juicio la pretensión de capturar la realidad social «tal como es»; esta situación obligó a revisar de nuevo criterios positivistas como validez, generalidad y confiabilidad que ya habían sido cuestionados en años anteriores por los discursos postpositivistas, constructivistas, naturalistas, feministas, interpretativos, críticos y postestructuralistas; esto generó la crisis de legitimidad del conocimiento en las ciencias sociales. Finalmente, si la realidad se asumía como una construcción textual, la tercera crisis cuestionaba la capacidad de las ciencias sociales para influir en dicha realidad, y se derivaba de las dos primeras: ¿qué es lo que estudian, conocen o sobre lo que intervienen las ciencias sociales? Esta sería la crisis del objeto de estudio (Denzin y Lincoln: 2003, p. 28).

No habría razón para pensar que la investigación cuantitativa y la cualitativa se hayan visto en situaciones distintas, ya que la triple crisis afectó los paradigmas epistemológicos de los que dependen las metodologías y sus técnicas –ya sean cualitativas o cuantitativas. El momento actual muestra la coexistencia de distintos «momentos» o formas de asumir la investigación social, que suponen una mayor apertura metodológica y demandan diversas habilidades técnicas de los investigadores. Aunque los paradigmas atravesaron por la triple crisis, los años posteriores no parecen enfocarse hacia la restitución, la imposición o la lucha entre grandes metarrelatos, como ocurría hace 30 años. Al contrario, muchos investigadores han retorna do a las tradiciones de sus disciplinas, aunque con un sentido crítico y más abierto que en el pasado, tanto a las sensibilidades posmodernas como a propuestas clásicas que anteriormente habrían sido calificadas de sospechosas, poco adecuadas o carentes de objetividad.

De los paradigmas a los métodos y técnicas de investigación

Una de las ganancias de la ola reflexiva de la posmodernidad fue la visibilización de los supuestos objetivistas de los métodos de investigación más clásicos, y la emergencia de los puntos de vista –del investigador, de las disciplinas, de los sujetos con los que se trabaja– como factor relevante en cualquier indagación, análisis o interpretación. Antes que una crisis que ponga en tela de juicio el estatus científico de las ciencias sociales, el momento actual presenta un interesante panorama de multiplicidad de métodos, técnicas y perspectivas que nunca antes había sido posible. Los investigadores parecieran tener hoy la posibilidad de situarse en perspectivas pospositivistas, constructivistas, hermenéuticas e interpretativas, críticas, reivindicativas, pragmáticas, feministas, posestructuralistas, entre otras, sin que el peso de la institucionalidad de su disciplina impida o amedrente al investigador en la selección de una u otra mirada. Ante esta tendencia creciente, las escuelas que insisten en la pureza «científica» de sus métodos y la claridad de las fronteras disciplinarias, se ven relegadas en el debate contemporáneo en el plano de los métodos de investigación.

La situación actual de las ciencias sociales nos permite volver sobre las diferencias y semejanzas entre los métodos con la perspectiva de buscar puntos de confluencia. El clásico debate entre los defensores de los métodos cuantitativos y los que se alinean en un bando opuesto que cultiva los métodos cualitativos, aún está en mora de ser resuelto. No obstante la tradicional oposición, tal como señala Mejía (2003), la integración entre los métodos cualitativos y cuantitativos se está convirtiendo en una preocupación creciente en las ciencias sociales. Por su parte, Bonilla-Castro y Rodríguez (1997) apuestan por una integración, donde la combinación de técnicas diversas se ve favorecida por un tipo de investigación que trasciende las fronteras disciplinarias.

Puede afirmarse que, en contraste con las barreras disciplinarias y metodológicas de décadas anteriores, hoy existen posibilidades de combinación e intercambio de técnicas entre diferentes estrategias de investigación. Estos cambios serían equivalentes a los cambios tecnológicos operados en los mecanismos del reloj en los últimos dos siglos, que han permitido un gradual refinamiento y precisión en el funcionamiento de la máquina, pero también los cambios culturales que han incluido la dimensión estética de la máquina, y han favorecido así la interdependencia entre distintos saberes. Así, las técnicas y los métodos, tanto cualitativos como cuantitativos se han visto enriquecidos por la aparición o diseño de nuevas técnicas de análisis, almacenamiento y recolección de datos, así como nuevas tecnologías informáticas. Sobre el problema de la mutua colaboración y el trabajo transdisciplinario aún es necesario trabajar.

Cualquier adelanto técnico o modificación de los procedimientos ya institucionalizados debe ser siempre entendido dentro del proceso de investigación y las decisiones que deben orientar la selección de la metodología y las técnicas. Para explicar las diferencias, similitudes y finalmente hablar de los puntos de contacto entre las metodologías cualitativas y cuantitativas, tendré en cuenta dos elementos generales: las distintas dimensiones de la realidad social y los problemas sociológicos, y los problemas epistemológicos y teóricos evidenciados por la triple crisis de las ciencias sociales después de los años 80.

La realidad social y su conocimiento

Osorio (2001) se refiere a la realidad social como una totalidad que puede ser desarmada y reconstruida en tres dimensiones: el espacio, el tiempo y el espesor. Así, “como unidad de distintos espesores, la realidad social se presenta como una sedimentación de capas que van de las más visibles, las de la superficie, a las más ocultas y profundas. Si la realidad social se mostrara completa, en lo inmediatamente perceptible, no habría necesidad de ciencias sociales para descifrarla”. La tarea que el investigador debe enfrentar es la integración de lo visible y lo oculto, y de los niveles estructurales y superficiales de la realidad social (Osorio: 2001, pp. 39-42). En esta

tarea, así como en la comprensión del cambio social —que implica la dimensión temporal—, y en el análisis de la extensión geográfica de lo social —dimensión espacial—, se emplean las metodologías y las herramientas de investigación. Tal como ocurre con los instrumentos de un cirujano, o los de un pintor, unas herramientas son más apropiadas para algunas tareas, mientras que otras no lo son tanto.

Si partimos de la anterior premisa, y no de la lucha o el debate acerca de cuál método o herramienta es la mejor, entonces comienzan a abrirse las posibilidades de integración de los métodos y las técnicas. Es decir, que las decisiones metodológicas deben derivarse del proceso de diseño y realización de la investigación, donde la selección de los métodos y técnicas devienen del problema que se va a indagar, los paradigmas y/o modelos teóricos escogidos para pensar el problema, y la posición del investigador como un sujeto histórica y políticamente situado. Esto quiere decir que los métodos de investigación no pueden reducirse a un asunto de modas, tendencias o gustos del investigador, sin que estas dimensiones se nieguen; deben estar integradas de manera coherente con los paradigmas y planteamientos teóricos del problema, y deben darle sentido a las herramientas de investigación adecuadas para recoger o construir la información pertinente.

Concentrémonos por un momento en el problema de los paradigmas y las preguntas de investigación, para ver cómo pueden orientar las decisiones metodológicas. Para aquellas inquietudes referidas a las dimensiones extensivas de la realidad social, definidas por el espacio o la estructura, podría ser apropiado utilizar metodologías cuantitativas que permitan formular generalizaciones; por ejemplo, comprender la transformación de la composición demográfica de una población que habita una región donde la explotación petrolera se inició en décadas pasadas. Las técnicas involucrarían la aplicación de encuestas, la definición de muestras representativas en términos de la población, la comparación de indicadores sociales y económicos —como el PIB o la esperanza de vida— anteriores a la explotación petrolera, con los indicadores más recientes, etcétera.

Aún parados sobre plano de la dimensión espacial del problema, podríamos preguntarnos por un aspecto más profundo del espesor social: ¿cómo toma la gente la decisión de migrar de un lugar del país a otro, y por qué determinada región se convierte en un polo de atracción? Aunque estuvieramos hablando de la misma investigación, una pregunta de este tipo no puede ser contestada de manera satisfactoria con una encuesta; se requiere de una herramienta que ahonde en las motivaciones, representaciones y perspectivas subjetivas de las personas, tal como la entrevista cualitativa, ya sea con un enfoque de relato oral o de historia de vida.

En el ejemplo anterior se observa la diferencia entre lo que algunos investigadores denominan «realidad objetiva y realidad subjetiva» (Bonilla-Castro y Rodríguez: 1997). Así, la información estadística permite ocuparse de las dimensiones sociales

más generales e institucionalizadas, mientras las entrevistas y la observación facilitan el acceso a los sentidos de la acción de las personas y sus motivaciones subjetivas. La comparación anterior muestra las potencialidades de uno y otro método y sus técnicas en términos de aquello que permiten conocer, es decir, su relación con los datos. Sin embargo, la comparación completa debe observar también los presupuestos epistemológicos y las teorías relacionadas con uno u otro tipo de método, lo cual nos enfoca en la relación de los métodos con las ideas y los paradigmas científicos. A continuación compararé los dos tipos de métodos teniendo en cuenta ambos aspectos.

Comencemos con algunas definiciones: los métodos cuantitativos suelen asociarse a los paradigmas positivistas y empiristas, y enfatizan en la medición y el análisis causal de relaciones entre variables; no suelen ocuparse de los procesos sociales, sino de sus dimensiones más generales y extensivas (Denzin y Lincoln: 2003, p. 13): en términos de Osorio, el espacio, el tiempo, y la superficie del espesor social. Una de las preocupaciones recurrentes en los estudios puramente cuantitativos es la de realizar un diseño muestral, de herramientas de recolección y análisis descontaminado de juicios de valor, con el fin de asegurar la objetividad de los resultados y el análisis. En la medida en que se ocupa de aspectos generales, se concentra en el estudio de poblaciones y regiones, y sigue la lógica de la definición de leyes; su modelo ideal es el de las ciencias naturales, y en este sentido, la investigación cuantitativa sería de tipo nomotético. Según Bonilla-Castro y Rodríguez (1997), su intención es la de verificar hipótesis, y sigue de cerca el paradigma de investigación hipotético-deductivo.

Por su parte, los métodos cualitativos enfatizan la naturaleza construida de la realidad, e indagan por los significados, estrategias y sentidos de la vida social para las personas, desde el punto de vista de los sujetos. Dentro del modelo de Osorio, los métodos cualitativos permitirían penetrar en los aspectos más profundos del espesor de lo social y comprender los procesos en los que se integran sus dimensiones espaciales y temporales; es decir, responde preguntas acerca de las formas como la experiencia social es producida y sus significados (Denzin y Lincoln: 2003, p. 13). Para los investigadores que utilizan métodos cualitativos la triple crisis de las ciencias sociales –de representación, legitimidad y objeto de conocimiento– ha llevado a reemplazar los criterios de objetividad por los de pertinencia y responsabilidad ética y política con los sujetos y las realidades investigadas. Al concentrarse en los significados y la construcción social de la realidad, los métodos cualitativos le dan gran relevancia a la relación del investigador con las personas que aportan la información, se ocupa de las motivaciones e intenciones y de las dimensiones subjetivas. Da gran importancia a la descripción densa y profunda de los fenómenos y a la interpretación, antes que a las generalizaciones. Así, la investigación cualitativa es de tipo ideográfico y favorece la construcción de conocimiento en un proceso inductivo.

Si nos concentramos únicamente en las diferencias entre ambos métodos, corremos el peligro de olvidar que ambos buscan ocuparse de la realidad social. En este punto, las nociones de complejidad y totalidad nos recuerdan que ambos métodos estudian realidades sociales, aunque se basen en presupuestos teóricos y paradigmas epistemológicos que sean en principio divergentes. Sobre este punto, me permitiré un corto comentario: desde algunas posturas radicales se argumentaría que no existe una «misma» realidad para todos, sino varias, y que es imposible conocerlas todas e incluso ponernos de acuerdo respecto a lo que debe conocerse. Un postulado radical de este tipo constituye la contraparte extrema del positivismo inocente que afirmaba la existencia de una única realidad objetiva. Para efectos prácticos de la investigación ninguna de las dos posiciones resulta de mucha ayuda, a menos que decidamos afiliarnos decididamente en una u otra postura y desechemos las demás, como si se tratara de una conversión religiosa. Los ataques al positivismo parecen haberse convertido en un hábito perverso, como si se tratara del chivo expiatorio del bajo impacto de las ciencias sociales en muchas dimensiones de la vida humana, y parecen olvidar que fue de la mano del positivismo que las ciencias sociales se consolidaron como disciplinas.

En este sentido, el debate entre positivismo y antipositivismo, subjetivismo y objetivismo, y demás opuestos –construidos por las mismas prácticas científicas–, no debe distraernos respecto a las posibilidades de conocimiento que se han abierto con el panorama actual de las ciencias sociales. En un sentido práctico, la combinación de métodos y una posición intermedia y de «paradigmas abiertos» parecen ser el llamado de varios autores contemporáneos. Si el mundo humano es complejo, lleno de contradicciones y equívocos, antes que una estructura acabada y una máquina con piezas que funcionan de manera precisa, entonces la combinación cuidadosa de los métodos de investigación permitiría la construcción de un conocimiento más ajustado tanto a las dimensiones extensivas y generales de lo social, como a las capas profundas donde se encuentran los significados e intenciones de los actores sociales.

Visto al nivel de las herramientas de investigación, las técnicas cuantitativas permiten la manipulación de los datos y la recolección de información por medio de instancias externas al sujeto que investiga, y lo separan de la realidad estudiada: encuestas que aplican equipos de personas entrenadas para ello, experimentos psicológicos de laboratorio donde se impone una distancia entre el terapeuta y el paciente y se definen constantes, variables estadísticas, y modelos matemáticos. En contraste, la investigación cualitativa convierte al sujeto investigador en parte de las herramientas de recolección de los datos: en la etnografía el cuerpo del etnógrafo es herramienta de búsqueda e indagación y se aprovechan las vivencias del investigador; en una entrevista para realizar una historia de vida es necesario construir una relación empática que involucra las emociones, actitudes y conocimientos tanto del investigador como del entrevistado y desafía cualquier pretensión objetivista.

Coincidencias, complementariedad y dificultades

Después de la «triple crisis» se hizo evidente que, aún en los paradigmas positivistas más radicales, la posición política y social del investigador afecta la orientación de su trabajo y sus resultados. Es decir, no existe ninguna ciencia libre de juicios de valor, porque la ciencia construye conocimiento, el conocimiento es poder, y el poder implica juicios de valor (Denzin y Lincoln: 2003, p. 9). Así, aunque muchos investigadores, e incluso ciencias sociales como la economía, continúan utilizando los paradigmas positivistas y los métodos cuantitativos como si fueran la forma «correcta» de entender el mundo social, el cuestionamiento de los modelos más radicales y dogmáticos ha minado la confianza que antes se tenía en los métodos científicos. No obstante, tal como ya dije, estas crisis lejos de desmontar las ciencias sociales como disciplinas, han favorecido el intercambio e integración de saberes distintos, así como la circulación de ideas, investigadores y paradigmas no solo entre las ciencias sociales, sino también entre las ciencias naturales y las humanidades.

Este contexto favorece la búsqueda de coincidencias entre métodos y técnicas, a tal punto, que podrían llegar a pensarse las técnicas como herramientas relativamente intercambiables entre métodos. Por ejemplo, un conjunto de entrevistas etnográficas o relatos orales pueden ser traducidos a datos cuantitativos mediante la aplicación de técnicas de análisis de la teoría fundamentada para identificar categorías recurrentes, ya sea con la ayuda de un *software* de análisis cualitativo, o a través de la tabulación manual y más rudimentaria de los resultados. Esto es posible porque además de tener propiedades dependientes de los sujetos y sus formas de pensamiento, “toda percepción es cuantitativa, no solo porque se refiere a una cantidad o magnitud extensiva en el espacio y el tiempo, sino también en cuanto a su calidad o magnitud intensiva a partir de cero; así, el orden es lo cuantitativo de lo cualitativo. ¿Qué se hizo la diferencia entre lo cualitativo y lo cuantitativo?” (Vasco: 2003, pp. 31-32).

En el sentido opuesto, la definición de categorías y variables en la investigación cuantitativa es un proceso de generalización de las propiedades cualitativas tangibles de un aspecto concreto de la realidad social; la operacionalización de un concepto o un aspecto para ser medido a través de un método estadístico, también requiere de un análisis cualitativo tanto previo como posterior a la medición. Para ningún investigador social es un secreto que la simple presentación de tablas y gráficos con indicadores generales no reemplaza la explicación ni el análisis de los resultados, proceso que no es sólo de tipo cuantitativo, “...la cognición del investigador en un proceso investigativo recurre tanto a esquemas cualitativos como cuantitativos” (Mejía: 2003, p. 25). De esta manera, “...mientras que el debate entre las metodologías cuantitativa y cualitativa puede tener algún significado a nivel epistemológico (...), en el contexto práctico de la investigación hay una relación directa entre estas concepciones y las

técnicas particulares, ya que la investigación típicamente comprende ambos elementos” (Mejía: 2003, p. 25).

A pesar de lo anterior, la ahora tan mentada y deseada integración de métodos de investigación plantea dificultades antes inexistentes, y hace aún más compleja la tarea de la investigación. Quizás la integración de lo cualitativo y lo cuantitativo sea todavía un deseo, una meta, o una habilidad solamente accesible a aquellos que cuentan con años de práctica tanto en uno como en otro tipo de indagación. En este sentido, Gutiérrez (2004) señala cómo el deseo de integración de los métodos no solo choca con los artificiales cánones disciplinarios, sino también con la manera como habitualmente se definen los problemas de investigación, desde una u otra perspectiva. Muchas veces los supuestos sobre la realidad humana, las ideas sobre el papel que debe jugar el investigador y las nociones sobre la manera de conocer la «realidad» pueden ser incompatibles no solo en el plano filosófico sino también en la práctica. En tal sentido, Gutiérrez hace un llamado para explorar aquellas circunstancias en las que los métodos cualitativos y cuantitativos sean realmente complementarios y no simplemente una suma de técnicas que al final ofrecen investigaciones y resultados paralelos, no integrados y hasta contradictorios.

Más allá de las técnicas, existen hoy metodologías que plantean alternativas a la oposición entre métodos deductivos –usualmente cuantitativos– e inductivos –de tipo cualitativo–. La teoría fundamentada, desarrollada originalmente por Anselm Strauss y Barney Glaser (Corbin y Strauss: 1998, p. 10), plantea un proceso de construcción de categorías que se mueve constantemente entre los paradigmas teóricos generales y los datos. Corbin y Strauss, en una versión contemporánea, se refieren a un proceso «abductivo», donde el análisis de los datos y la teorización se encuentran en un punto intermedio de generalización; esto contrasta con los análisis deductivos o inductivos supuestamente «puros» donde la relación entre la teoría y los datos se mueve en un solo sentido. En estos dos procedimientos clásicos, desde uno «se llega» al otro, ya sea descendiendo desde la generalización hacia lo tangible o derivando la abstracción a partir de la información empírica. Respecto al papel de los métodos, y su función en la construcción de teoría señalan que “...lo cualitativo debe dirigir lo cuantitativo, y lo cuantitativo retroalimentarse en un proceso circular pero al mismo tiempo evolutivo con cada método, contribuyendo en la forma en que sólo él puede hacerlo” (Corbin y Strauss: 1998, p. 38).

Perspectivas de los métodos de investigación en ciencias sociales a comienzos del siglo XXI

Regresemos por un momento a nuestra reflexión inicial sobre el reloj. La oposición clásica entre quienes defienden una u otra metodología y sus técnicas a ultranza,

podría equipararse a la falta de comprensión entre un europeo occidental y un oriental del siglo XVII respecto al significado del reloj mecánico. Cada cual, situado desde su cultura y las concepciones esenciales que le daban sentido al mundo de cada uno, entendían el aparato de manera distinta. Mientras que para un marino inglés el reloj era una herramienta necesaria para la navegación y la medición del tiempo, para un chino era un juguete sin mayor utilidad, más bien con un valor estético y lúdico; no servía para nada «práctico». Adicionalmente, si se trataba de «medir el tiempo», el reloj de sol era más adecuado porque se acomodaba a los cambios de las estaciones y la inclinación del sol (Cipolla: 1981). Aquello que nosotros vemos como instrumento útil para medir algo, puede ser visto por otros como algo curioso, nimio, misterioso e incluso despreciable. Aunque lográsemos ponernos de acuerdo en que el problema es medir el tiempo, todavía persistirían concepciones culturales distintas respecto a lo que son los conceptos de tiempo y medida.

En materia de métodos, el reloj representaría las técnicas y las concepciones del tiempo, y la «medición» o el carácter estético del objeto serían los paradigmas que orientan el uso de las herramientas. Pensar de manera separada las disciplinas, los métodos y las técnicas, y situarse en «bandos» que defienden de manera recalcitrante una u otra metodología, equivale a la incomprendición mutua del navegante inglés y el chino del siglo XVII. Podríamos hablar de los relojes y sus diferencias, como hablamos de las metodologías y sus diferencias, e incluso podríamos intercambiar relojes por otra cosa, como cuando un estadístico le «presta» su saber cuantitativo «objetivo» a un investigador que sólo sabe hacer historias de vida. Sin embargo, sin comprender los supuestos que implica cada metodología, no habrá diálogo entre disciplinas ni complemento entre sus métodos de investigación. Aunque es imposible que todos los investigadores se conviertan en expertos en todos los métodos y técnicas, “es importante que la formación en investigación proporcione conocimiento y experiencia en una diversidad de estrategias tanto de recolección de datos como de su sistematización y análisis más allá de las tradicionalmente relacionadas con un solo paradigma” (Mejía: 2003, p. 26).

Las discusiones más recientes en materia de metodología de investigación muestran una tendencia creciente al abandono de los esencialismos, que es consecuente con las crisis en los paradigmas de las ciencias sociales de las últimas dos décadas. De esta forma, el refinamiento constante de distintas técnicas de investigación y la introducción de herramientas informáticas para el análisis de datos cuantitativos –en los años 1960– y cualitativos –a mediados de la década de 1980– facilitan aún más el intercambio y abren posibilidades que hace treinta años eran impensables.

En este sentido, diferentes posiciones y textos sobre metodología apuestan por la combinación de métodos y técnicas tanto de recolección como de análisis de los datos, sin desconocer las consecuencias de la triple crisis. Por ejemplo, el manual de

diseño de investigación de Cresswell (1994) sigue paso a paso del diseño de un proyecto, a través de un paralelo constante entre los métodos cualitativos y cuantitativos; en un libro posterior, el mismo autor compara cinco tradiciones cualitativas de investigación y muestra sus diferencias y similitudes en las distintas etapas de una investigación ya formulada (Cresswell: 1997); Denzin y Lincoln (1997), en su ya clásico manual de investigación cualitativa muestran el complejo panorama de los métodos, los cruces entre disciplinas y los paradigmas epistemológicos subyacentes; Coffey y Atkinson (1996) exponen la riqueza de resultados que puede generar la combinación de técnicas de análisis de un mismo material. Esto, sin embargo, no debe llevarnos a desear o aventurar constantemente con la integración o la triangulación sin sentido; estas decisiones deben derivarse lógicamente de las preguntas de investigación y las perspectivas y paradigmas adoptados por el investigador.

Puede afirmarse que la apertura a la que se enfrentan las ciencias sociales en el comienzo de siglo obliga también a la apertura de los métodos y técnicas, sin abandonar el rigor y aprovechando la riqueza que proporciona el debate y el diálogo entre disciplinas. No obstante, la discusión no deberá situarse en el plano de las confrontaciones estériles entre tradiciones –epistemológicas, teóricas, metodológicas y disciplinarias–, sino en el de una mirada crítica que proponga alternativas a las viejas oposiciones. Para poder dar cuenta de una realidad social como totalidad estructurada pero contradictoria y en constante cambio, es necesario explorar responsablemente permanentemente nuevos caminos de encuentro y complemento entre lo objetivo y lo subjetivo, lo deductivo y lo inductivo, la generalización y la descripción densa, lo cualitativo y lo cuantitativo, las leyes generales y el significado.

OSCAR IVÁN SALAZAR ARENAS

Profesor, Universidad Nacional de Colombia.

Antropólogo y Magíster en Antropología Social, Universidad de los Andes
oisalazara@unal.edu.co

RECIBIDO OCTUBRE DE 2005 – ACEPTADO NOVIEMBRE DE 2005

Referencias bibliográficas

- AAVV “Manifiesto de la transdisciplinariiedad” En: Convento de Arrábida, Portugal: 6 de noviembre de 1994.
- BONILLA-CASTRO, E. y RODRÍGUEZ, P. (1997) *Más allá del dilema de los métodos*, Bogotá: Ediciones Uniandes-Grupo Editorial Norma.
- CIPOLLA, C. (1981) *Las máquinas del tiempo* ed. tr.: Guillermo Piro, México: Fondo de Cultura Económica.
- COFFEY, A. y ATKINSON, P. (2003) *Encontrar el sentido de los datos cualitativos*, ed. tr.: Eva Zimmerman, Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.
- CORBIN, J. y STRAUSS, A. (2002) *Bases de la investigación cualitativa*, ed. tr.: Eva Zimmerman, Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.
- CRESWELL, J. (1994) *Research design. Qualitative and quantitative approaches*, Thousand Oaks: Sage Publications.
- _____ (1997) *Qualitative inquiry and research design. Choosing among five traditions*, Thousand Oaks: Sage Publications.
- DENZIN, N. y LINCOLN, Y. (eds.) (1994) *Handbook of qualitative research*, Thousand Oaks: Sage Publications.
- _____ (2003) *The landscape of qualitative research. Theories and issues*. Thousand Oaks: Sage Publications.
- GEERTZ, C. y CLIFFORD, J. et.al. (1998) *El surgimiento de la antropología posmoderna*, ed. tr.: Carlos Reynoso, Barcelona: Gedisa Editorial.
- GUTIÉRREZ, R. (2004) “En busca del diálogo y la transformación: consecuencias de los supuestos detrás de la investigación social” En: *Revista de Estudios Sociales*, Nº 17, Bogotá, pp. 11-18.
- MEJÍA, R. (2003) “Combinación estratégica: investigación sociocultural cualitativa-cuantitativa” En: *Nómadas* Nº 18, Abril, Bogotá: DIUC-Fundación Universidad Central, pp. 20-27.
- OSORIO, J. (2001) *Fundamentos del análisis social*, México: Fondo de Cultura Económica-UNAM, 2001.
- VASCO, C. (2003) “El debate recurrente sobre la investigación cualitativa y la cuantitativa” En: *Nómadas* Nº 18, Abril, Bogotá: DIUC-Fundación Universidad Central, pp. 28-35.